

EL HUMORISMO Y LA LITERATURA EN VENEZUELA

— A la memoria de Aquiles Nazoa —

▣ JOSE SANTOS URRIOLA

Me arrimo, con la mayor modestia, a la opinión de que la literatura venezolana —al menos “estadísticamente”— se define por un tono de sustantiva gravedad. Es algo que será comprobado en su momento por investigaciones científicas y que en mi caso —dicho sea con la mayor franqueza—, no pasará de ser una impresión; pues estoy dispuesto a morir, irresponsablemente, sin verificar el aserto.

Alegaría, no obstante, a mi descargo que cuarenta y tantos años de lecturas gratuitas y obligatorias, por afición u oficio, tal vez me presten alguna capacidad para asomarme al asunto. Así, entreveo a la mayoría de nuestros escritores como gente muy seria, ocupada de temas cuya naturaleza y finalidad no permiten malgastarse en sonrisas. Y conste que no califico el hecho, y si me atrevo a enunciarlo es en plan de borrador oral, susceptible de ser retirado a la primera reacción de malestar de quien esto leyere (merecedor, por lo demás, de toda mi admiración, reverencia y gratitud). De igual modo, se aventurará una que otra suposición sobre las causas del posible fenómeno.



“Es un homenaje para cualquier país haber tenido a Aquiles Nazoa...”

En primer término, me parece que las circunstancias en que intenta sobrevivir ese escritor nunca fueron las más favorables para el ejercicio de su profesión. Hasta ayer la casi totalidad de nuestra población era analfabeta. Hoy —según las cifras oficiales, siempre manipuladas con optimismos dudosos— conservamos un veintidós por ciento de personas que no saben leer. De los que son capaces de hacerlo, los más andan, simple y llanamente, por ahí, afanándose en la busca del pan, que cada día se reduce en volumen y sabor. Subsisten, pues, a duras penas, y los libros tienen que resultarles tan extraños e inútiles como un arpón ballenero o las insignias de mando de las librerías, los lectores son especie en trance de extinción. El sistema educativo del país demuestra históricamente —mientras más se consolida— una aterradora eficacia para alejar a los muchachos de todo cuanto huele a impreso. Más aun, cabe afirmar que el estudiante venezolano jamás tiene ocasión de reconciliarse con los matices del habla coloquial, sometido como está —el cuitado— desde la primaria a un fetichista culto del que llaman "lenguaje literario". De ese modo, dentro del aula, el educando nunca se encontrará en situación de conversar, de leer y —menos— de escribir sobre algo que le interese. En la escuela media, por ejemplo, toda la actividad de la clase de castellano empieza por la lectura de un fragmento literario. Un escrito que —sea el mejor de los casos— constituye una perla del idioma en cuanto —dígase— la descripción del estudio de un artista. Allí, el cuadro por terminar —naturaleza agónica por no acabada todavía—, los tubos de pintura y la paleta como una bajamar de color; el silencio de los pinceles, del carboncillo y de las barras de pastel; la dorada reflexión de la trementina y el aceite, las inquietantes propuestas, los yesos, los bastidores y las telas . . . Todo ello amorosamente observado, pulcramente vertido en palabras, acuciosamente incluido en estético inventario que, por minucioso y pulido, desalienta —deja sin aliento— y desanima —le marchita el ánimo— al joven y forzado lector.

Por si fuera poco, lo que importa ahí no es el texto en sí mismo, como joya del lenguaje, sino su utilidad para entrenar al alumno en una interminable cacería de adjetivos, adverbios, gerundios, imágenes, metáforas, y símiles . . . El resultado no ofrece, naturalmente, sorpresas. Los estudiantes quedan de una vez —a las alturas del primer curso de bachillerato— saludablemente vacunados contra los males de la literatura. No hay, pues, riesgo de que se emborrachen con la tinta de imprenta.

En la Universidad, atendiendo a la formación de los recursos que la nación necesita para su Desarrollo —con mayúscula, como antes se escribía Progreso— muchos de los profesores mirarán con reservas un programa de literatura en el Plan de estudios de una carrera científica o tecnológica. Y es una verdadera lástima; no sólo por la arcaica y manida cerrilidad que tal postura manifiesta, sino porque los estudiantes de ciencias y tecnologías se apasionan con la literatura cuando la descubren como algo más que un acartonado registro de nombres ilustres, efemérides pomposas y títulos de obras maestras. Pero desgraciadamente ese descubrimiento les está vedado en aras de los imperativos desarrollistas. Así, quien se extraña de que la mayor parte de nuestros profesionales universitarios rehuyan al contacto de los textos literarios, obtendrá en el cielo el premio a la inocencia y, a la salida de este mundo, merece ser honrado con entiero en el blanco ataúd que antes se reservaba para los angelitos y las vírgenes —entonces abundantes—.

Por lo pronto, nadie negaría la existencia de un sector de las clases más favorecidas económicamente que adquiere libros. La biblioteca se ha vuelto un indicativo de la escala social. Sin aquella no se concibe, hoy en día, una casa que se respeta. Con el mueble de estilo se apareja el volumen empastado en serie. Pero frente al uno y el otro, presumir calidad de leyente en el feliz propietario, resulta tan ingenuo como dar por sentado que conoce la biografía de Luis XV.

Quedaría, pues, el resto, casi nada: los que efectivamente deberían enfrentarse al escrito porque una profesión de letras se lo impone. Y aun con éstos, no se desborde usted en optimismo. Una considerable porción de las reseñas y recensiones bibliográficas que aparecen en nuestros periódicos y revistas, apenas si se reducen a fórmulas de cortesía. Se refieren al autor y no a la obra, como invariable expresión de amistad —palmaditas en la espalda— que excluye cualquier planteamiento crítico y suscita de inmediato la sospecha de que detrás de eso no hubo sino una distraída ojeada al texto; en definitiva, compromiso inocuo, facilón, de compadrazgo. Pero, en fin, el reseñado podrá conformarse con su incorporación a las interminables legiones de geniales narradores, de inmarcesibles poetas, de eminentes dramaturgos, de perinclitos ensayistas que pueblan nuestro universo literario. Con el derecho a aburrirse por bares, cafeterías y salones de



“Es un homenaje para cualquier país haber tenido a Aquiles Nazoa...”

fiestas que patrocina, con mano larga, el Estado. Lo cual —cabe imaginárselo— producirá la satisfacción de ser alguien en medio de una tertulia ciertamente cansona pero paladea su sorbo de inmortalidad sin excepciones. Así, cero problemas. Pues solamente los tendrá el que se empeñó en su trabajo con la esperanza de que alguien lo leyera concienzudamente. Ese, para discutir su libro, difícilmente hallará interlocutores. De que los hay, los hay, pero no abundan.

Y así, con un “círculo de lectores” tan magro, el escritor venezolano —el que lo es de verdad— persiste en la fatigosa solicitud de un diálogo efectivo y creador. A la postre, terminará por sentirse aislado. Será el caso de quienes realmente optaron por la literatura como una forma de vida. A los otros les bastará con el relumbrón momentáneo, con la menguada prebenda, con el beneficio irrisorio.

Quizás, no. Porque, aun allí, existe explícito o latente, un fermento de rebeldía —de incorformidad, al menos— que busca, frecuentemente a ciegas, su camino; y que si, por ahora, se agota sin mayores efectos, podrá concretarse como elemento de cambio de nuestra realidad literaria. Ello sería posible en la medida en que los mejores no se desalientaran. En que los otros, enfrentados sinceramente a su interioridad, asuman las exigencias de un oficio que no admite alegres improvisaciones; se ubiquen sin pujos aristocratizantes entre su pueblo y definan su propio papel a conciencia. En ese momento, muchos dejarán de afectar hinchazones postizas y encontrarán suficiente valor para reírse, aun de sí mismos —que no es cualquier tontería.

Para eso no se puede apelar a patrones ni figurines intelectuales. Aunque debe revisarse lo que existe y lo que antes hubo. Por vía de lo segundo, convendría examinar el comportamiento de nuestros hombres de letras —valga la locución actualmente en desuso y tan afortunada hasta los años cuarenta— en nuestro pasado más o menos reciente. Habría que recordar a quienes utilizaron la literatura para acomodarse a la sombra del poder. Esa vasta cohorte de ministros, secretarios, legisladores, magistrados, académicos, profesores y simples tinterillos que sirvieron al déspota ilustrado o al mandamás simiesco.

Aquéllos, en su rol de segundones, debieron revestirse de la mayor gravedad para no deslucir entre los broncos secuaces del amo —generales y coroneles de pelo en pecho y armas tomar, cuyas respetabilidades se fundan en la cerrazón cuartelaria—. Para ponerse a tono, el intelectual-burócrata se siente obligado a demostrar, por lo menos, su condición de macho, su fidelidad a la “causa” y la finura de su arte. Admite con presteza su función de rábula bien remunerado y procura convertirse en indispensable a quien paga, con expedientes tan variados como la trapisonda leguleya, el celestinaje internacionalista o el panegírico con barnices de sociología. Se adapta

al medio ambiente tratando de mostrar a todo trance que el plumífero no es necesariamente un apocado y que a la hora del lance personal puede ser tan temible como el más torvo de los espados —“Usted, doctor Fulano, será poeta, pero es un palo de hombre”, el chafarote, metido hasta las orejas en la fraternidad del brandy y armando caballeros—. Lo curioso está en que al hacerse perdonar la inteligencia, emparejándose con los matones, el escritor pretende salvaguardar su derecho a escribir y lo ejerce con primor, encaramado en su torre de marfil. Se libera a solas, por un rato, de la servidumbre bufonesca; se ilusiona brevemente —muy *in pectore*— con lo de la superioridad del artista sobre los burgueses. De ahí bajará, a la carrera, en cuanto suene la campanilla con que el Señor Presidente suele llamar a sus criados.

Del otro lado, en la cárcel, el destierro o, simplemente, al margen —en libertad precaria— los que se resisten a las amenazas y seducciones de la dictadura. Ahí, el panfleto, el cabo de lápiz y trocito de papel clandestinos, el verso que —a falta de aquéllos— se compone de memoria, la prédica civil que se conforma por vía de la novela y la náusea que se vuelca en un cuento de realismo desesperanzado. Una insondable angustia por lo que somos y una ilusión tenaz de lo que podríamos ser, según el modelo de realizaciones de la burguesía liberal en el cono sur de América —la Argentina, el Uruguay y Chile, paradigmas de una democracia factible entre nosotros y casi inalcanzable, a la vez—. Algo que mantenía la resistencia contra el despotismo y alentaba la insumisión de una pequeña burguesía incipiente, ávida por asumir su cuota de responsabilidad en la conducción del país. Algo —líbello o programa— en que no cabía muchas posibilidades de humor. Aunque éste se manifestara tozudamente a través de un periodismo acosado por los sicarios del sátrapa, en versos, en caricaturas, en chistes, en mil formas de desafío a la crueldad y la estupidez del sistema imperante.

Todo ello —caricaturas, chistes, versos ... pareciera emparentarse con la tradición costumbrista. Pero no deja de llamar la atención que el cuadro de costumbres —nacido entre nosotros bajo la influencia de los españoles—, que antecede y prepara el advenimiento de la novela venezolana —si la consideramos no como hecho esporádico sino como continuidad en el acontecer literario—, no logra transmitir su herencia de jovialidad a nuestra narrativa. Más aún, como rasgo distintivo de ésta frente a la peninsular pudiera considerarse la ausencia del humor, de agudeza, de ingenio —en el sentido en que los dos últimos vocablos se asociarían con el primero—. Como si nuestros narradores —o la mayoría de ellos— se negaran a participar del legado de Cervantes y de la picaresca.

De tal manera, se distingue una línea de humorismo que despunta y se mantiene en una práctica de literatura casi marginal. En lo que pudiera catalogarse —desde la perspectiva de los escritores serios— como humorada —cuando no guasonería—; debilidad en la que ocasionalmente incurriría el intelectual trascendente, poniéndose como entre comillas para no ensombrecer su habitual compostura. Y aun así, con peligro de exhibirse proclive a la bohemia, donde ciertamente florecía —mal visto por las personas ponderadas, pero con innegable autenticidad criolla— el humorismo.

Pero, precisamente, por esa vena de humor que venía directamente del pueblo y que apenas si lograba un mínimo de condescendencia en los medios de la cultura ideologizada, es por donde el humorismo se abre paso como expresión legítima en la literatura venezolana. Se le admitirá, como hoy, por la decisión de unos cuantos —no muchos— escritores que resultadamente se deshacen de falsos temores reverenciales y prueban la compatibilidad del texto humorístico con las inquietudes, los planteamientos y las realizaciones más comprometedoras en lo radicalmente humano y frente a las más apretadas circunstancias de la historia nacional (que, entre paréntesis, nunca fue un lecho de rosas, como bien sabemos y puede comprobarse, en nuestros días, con sólo abrir el periódico).

